

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 151.—15 de Junio de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.

La niña *R. Ll.*—Los 20rs. que de su bolsillo particular envía usted para los pobres, valen muchos miles á los ojos de Dios, que la bendecirá, por el consuelo que han proporcionado á unos desgraciados.

*Doña F. G. R.*—Nuestros pobres dan á V. las gracias por la ropa usada que les ha enviado, y que ha llegado cuando su guarda-ropa estaba completamente vacío.

## EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Gracias á

Los párvulos de la escuela de Chamberí; hilas.

*Doña C. M. de R.*—Hilas y trapos.

## NUEVO PROYECTO DE CÁRCEL.

Cuando en nuestro número 144, correspondiente al 1.º de Marzo de este año, nos dirigimos al diputado Sr. D. X, conjurándole para que promoviese la reforma penitenciaria, formulando nuestro pensamiento deseábamos que hiciera varias co-

sas, de las cuales, la segunda era, *que el ministerio del ramo entienda lo menos posible en el asunto, y cuide mucho de que no se encargue de presentar proyecto de ley.* Este nuestro deseo, parecería tal vez extravagante, al que no supiera la historia del ministerio de la Gobernacion, en materias penitenciarias, y cuyas tradiciones se siguen, segun se ve, en el proyecto de ley para cárcel de Madrid, que ha venido á justificar nuestros temores, de que se presentase por el ministro, cuyo nombre no hace al caso, porque es igual: no tenemos noticia de ninguno que sepa algo de estas cosas.

Resultó que no existia, sino en nuestra imaginacion, el diputado Sr. D. X; pero hé aquí que Dios ha suscitado al senador Sr. Silvela (que lo sea vitalicio y por muchos años, si ha de continuar la comenzada empresa de la reforma de nuestras prisiones.) A la calurosa y elocuente excitacion del Sr. Silvela, ha respondido un proyecto de ley, de que, aunque poco, algo se ha ocupado la prensa, haciendo notar y censurando con razon, varios puntos dignos de censura: nosotros nos limitaremos á uno, por ser, á nuestro parecer, el de mayor importancia, y porque vemos que sobre él no se han hecho más que indicaciones.

Primeramente preguntaremos á qué ley se ha ha atendido el gobierno, para el proyecto de cárcel, que no es, que no debe ser al menos, más que la ejecucion de lo que en el sistema penitenciario adoptado se disponga respecto de la prision preventiva. Se nos responderá que no hay sistema penitenciario, y que el susodicho proyecto, se formó como al acaso, por alguien que habia oido hablar de que en las prisiones bien organizadas hay celdas.

Replicaremos que ya se ve el desconocimiento que hay en los centros oficiales y en la nacion entera, del derecho, puesto que se cree que un ministro le tiene para legislar en la cosa más grave y más difícil, en materia penal. ¿Qué se diria de un juez que se permitiera aplicar esta ó la otra pena, segun le pareciese, sin consultar la ley? El caso pareceria atentatorio á la justicia. Pues no lo es menos que el Poder Ejecutivo se arrogue la facultad de decir cómo ha de ser la prision, porque segun es, varía realmente y de hecho la pena, con la circunstancia, muy de notar, que el juez arbitrario lo era para casos particulares, cuyas circunstancias especiales podia apreciar, y la arbitrariedad del ministro recae ciegamente sobre la masa (y tratándose de cárceles) no de penados, sino de personas que

hasta que se pruebe su culpabilidad, son reputadas inocentes y muchas absueltas como tales.

Así, pues, no se ha empezado por el principio, que es estudiar, discutir y adoptar un sistema penitenciario del que debe formar parte la prision preventiva, y conforme á él, se proyectaria la cárcel de Madrid, y las de toda España, porque en esta materia debe haber centralizacion, porque es de justicia la unidad. El plan de la nueva cárcel, está, como todos, concebido en el pecado de no atenerse á la razon y al derecho. Es necesario que se comprenda, que el arquitecto, no es más que un *ejecutor*, que el edificio, no es más que una *consecuencia* del sistema, y que cuando no lo hay, se pierde el tiempo, se malgasta el dinero, y, lo que es peor, se escarnece la justicia. Una buena muestra tenemos en la cárcel de Vitoria, donde los presos estaban en sociedad en el patio, habiendo celdas en las que dormian á veces dos, que, como se sabe, es la peor de todas las combinaciones. Otras cárceles hemos visto, en que se gastó lo suficiente para hacer una en razonables condiciones, y por pura ignorancia y falta de plan, se hizo una casa. Aunque nuestra voz clame en el desierto, hemos de clamar siempre por que se estudie y discuta y adapte al sistema penitenciario, antes de hacer ningun proyecto de cárcel ni de presidio, no dando por resuelto lo que está por resolver: la cosa es tan sencilla, como que quien hace un edificio, debe *saber exactamente* á qué uso se le destina.

Ocupándonos ahora en particular del proyecto presentado, vemos que hay *celdas y talleres*, lo cual, tratándose de una cárcel, no se puede admitir, y diremos algo del por qué.

La prision preventiva, que deberia limitarse mucho más de lo que hoy lo está, y abreviarse mucho más de lo que hoy se abrevia, es un terrible derecho que la sociedad no deberia ejercer, sino con mucha parsimonia. Privar á un hombre de su libertad, mancharle con una sospecha, imponerle una nota de infamia, de la cual no se lave nunca, y que tal vez le impulse á merecerla, y esto sin saber si es culpado, y estando inocente, como la experiencia lo demuestra en gran número de casos. Esta facilidad para encarcelar, por meras sospechas y acusacion de delitos leves, es consecuencia de doctrinas erróneas, que van desapareciendo de la teoría, pero que dejan largo y pertinaz rastro en la práctica. Como quiera que sea, no se admite ya, que una prision preventiva puede sujetarse á la disciplina severa, de una prision penitenciaria.

española con la comedia más perfecta de los tiempos modernos.

— Calla, no digas eso. Yo no comprendo que ningun hombre de saber pase la vida en la ociosidad.

—¿No? Pues no tendrás noticia de aquellos versos tan sabidos:

Que el español de saber  
no conoce otro placer  
que el placer de no hacer nada.

No hay cosa más dulce que la holganza. Así es, que pocos españoles saben el italiano, pero todos saben, y repiten, y aplauden, y practican aquello de *il dolce far niente*.

Desengáñate, el trabajar es virtud, pero el holgar es salud.

—No digas eso. Ni antes eras tú así. Podia haber otro que... pero tú...

—Pues, hija, hacer lo que hacen los otros no es pecado.

—¡Qué disparate! Hé ahí un pensamiento tan repulsivo como falso.

Con que si lo que hacen los otros es pecado, ¿no se pecará en imitarlos? Esa es una de tantas excusas como buscamos, para cohonestar nuestras faltas. Pero, lo repito, tú no eras antes así, ni arreglabas tu conducta á la agena.

—Mira, hijita, desde que has empezado á hablar veo á donde quieres venir á parar. Te choca el cambio que has notado en mí.

Aquel ir y venir, aquella agitacion, aquella actividad, aquellos proyectos de beneficencia, aquel entusiasmo y aquella santa alegría al considerar los bienes que iban á producir... todo ha desaparecido; y en cambio me ves mudo, triste y quieto.

¿Quieres saber la causa? Pues yo te la diré.

Mira, hija mia: yo no soy más que uno de tantos, uno de los que habian de contribuir á la ejecucion de las buenas obras que no pueden llevarse á cabo sin el concurso de muchos. Pues bien: aquí, en nuestra tierra, no se puede contar con muchos, y si cuentas con muchos, pronto los muchos se convertirán en pocos. Nos falta una gran cualidad, sin la que es imposible hacer nada bueno; la constancia.

—No digas eso. Justamente una de las virtudes que más ensalzan al pueblo español es la constancia.

—Es cierto. Eso mismo he leído yo en todos los libros que,

cuando era niño, me ponian en la mano; pero ven acá, hijita, ¿no es la pereza el mayor enemigo de la constancia? ;Y negará alguno que los españoles somos perezosos? Pues saca la consecuencia.

Sin embargo, eso de la constancia es exacto hasta cierto punto. Me explicaré. Tenemos ¿qué digo constancia? obstinacion, terquedad para lo malo, pero nos falta para lo bueno.

En ningun país del mundo se ha visto, en tan poco espacio de tiempo, seguirse una á otra dos guerras civiles con la misma bandera, y las dos largas y sangrientas. Pues ya hay quien amenaza con la tercera.

Ya ves tú si somos constantes para lo malo. ¡Así lo fuéramos para lo bueno!

—Me hacen daño tus palabras. No te explicabas así antes, cuando venias de las juntas que celebraban las personas caritativas, movidas todas por el santo deseo de hacer bien á los pobres. ¿Es que los españoles han dejado de ser caritativos?

—No, no han dejado de ser caritativos; pero no han dejado de ser españoles. Y esto sin contar con otros defectos, porque este pueblo tan alabado tiene muchos.

Yo mismo, en mi calidad de español, soy impresionable, entusiasta, confiado y crédulo. Así, volvía antes tan regocijado á casa despues de haber asistido á una de esas juntas en que se ponía la primera piedra para una buena obra. Mas como no he asistido á ninguna en que se ponga la última, y á veces ni la segunda, sería muy nécio si conservara mis antiguas ilusiones.

¿Sabes lo que pasa en todas esas juntas, y á lo que vienen á parar tantos y tan seductores proyectos? Pues yo te lo diré.

Un señor que ha tenido un buen pensamiento, pero que no puede realizarlo por sí solo, convoca á los amigos y conocidos, de quienes se promete ayuda; unos acuden á la junta, otros escusan su ausencia y muchos ni acuden ni se escusan.

Toma la palabra, explica el objeto de la reunion, ensalza las ventajas de su idea, expone los medios de llevarla á cabo, y concluye pidiendo el concurso de todos y dándoles las gracias de antemano.

Su discurso, que tal nombre merece, porque aquí todos sabemos hablar, ¡así supiéramos obrar! es frenéticamente aplaudido. Todos los concurrentes, no solo aceptan su pensamiento, sino que, llenos de sinceridad y ardor, ofrecen ayudarlo con el alma y la vida; y, en efecto, en aquel momento darian hasta el

último maravedí, y aun la sangre de sus venas, por verlo realizado.

Son españoles, y por ende fáciles de entusiasmar. Pero el entusiasmo, que tanto vale para las empresas difíciles y breves, es un sentimiento pasajero y no aprovecha para las obras que piden mucho tiempo y mucha constancia.

Evaporado, pues, el entusiasmo de los que acudieron á la primera reunion, son ya menos los que acuden á las siguientes; y por último, son tan pocos los concurrentes, que aun cuando entre ellos hay algunos varones constantes y aun tenaces, como por sí solos no pueden dar cima á la comenzada empresa, se apodera de ellos el desaliento y concluyen por abandonar la obra con tanto ardor y tantas esperanzas emprendida.

Podria citarte muchos ejemplos de tan sensibles fracasos; pero no quiero sonrojar á nadie ni affigirte á tí, que eres tan caritativa.

—Pena me dá el ver el desaliento en que has caído. Sin embargo, no lo tengo por incurable, y sobre todo, no quiero que el desaliento te conduzca á la inaccion, á la pereza. ¿Por qué no escribes un artículo para LA VOZ DE LA CARIDAD?

—¡LA VOZ DE LA CARIDAD! ¡Qué periódico tan bien escrito, y, sobre todo, tan bien sentido! Admiro á sus redactores: agobiados unos de dolores y otros llenos de ocupaciones, roban el tiempo al dolor y al trabajo para predicar la caridad. Estos sí que no se desalientan.

—Pues inspírate en su ejemplo, y por de pronto escribe un artículo.

—Dame el tema.

—Yo que tú les diria lo que acabamos de hablar. Verás cómo esos señores, con su ardiente celo y su experiencia y sus consejos, sabrán levantar y confortar á tantos como se abaten y desalientan, cuando tropiezan con las dificultades que forzosamente han de hallarse para toda obra que exija el concurso de muchos. Sí; coge la pluma, holgazan, y cuidado con que vuelva yo á encontrarte otra vez mano sobre mano.

Dijo, y se marchó mi tiranilla; y yo cogí la pluma como un manso cordero (¡qué barbaridad! ¡si los corderos no escriben, santo varon!), y he escrito lo que acabamos de hablar y ustedes de leer, en la inteligencia de que, si no les parece bien, la culpa no es mia, sino de mi mujer.

Por mi parte me lavo las manos, y besa las de ustedes

UN MADRILEÑO.

## DISCURSO DE UN DIPUTADO.

En el número anterior, y bajo el epígrafe de *No estamos solos*, nos congratulábamos de no estarlo ya, realmente, en la campaña que hace años venimos sosteniendo para la reforma de las cárceles y establecimientos penales de España, puesto que la voz poderosa y autorizada del senador D. Manuel Silvela, en su interpelacion sobre este ramo, venia á asociarse á nuestros esfuerzos, impotentes hasta ahora. Entonces expresamos nuestro deseo de que esa voz no quedase aislada, y que hubiese, como en el Senado, otros Silvelas en el Congreso, en las Academias y en las corporaciones administrativas.

Pues bien, nuestro deseo empieza á realizarse. En la sesion de 1.º de Junio, el Congreso de Diputados oyó con interés y con aplauso una nueva voz que se levantó á sostener brillantemente las mismas ideas. El vizconde de la Villa de Miranda, con motivo de la discusion de presupuestos, presentó una proposicion para que se incluyese en el de Gobernacion la partida de un millon de pesetas para la reforma de los establecimientos penales. La apoyó con un discurso elocuente, propio de los viejos oradores, que quisiéramos poder insertar íntegro, y cuya lectura recomendamos eficazmente, demostrando con palabra facil y con lógica conmovedora, la grande y urgente necesidad de esa reforma. Aunque la proposicion no fué admitida de hecho, porque se creyó que no tenia útil cabida en el presupuesto actual, mientras no estén hechos los estudios de la reforma, lo fué moralmente, por el Congreso y por el Gobierno, despues de oír las palabras de aplauso y de simpatía con que le contestaron el Ministro de la Gobernacion y un individuo de la comision de presupuestos.

Felicitemos al Sr. Vizconde por esta brillante muestra de sus ideas elevadas y de sus dotes oratorias. No podia quizás inaugurarse con un tema más oportuno y más simpático para los hombres pensadores.

Cuando veteranos en las lides parlamentarias, como el señor Silvela, y jóvenes generosos, que entran en ella, como el vizconde de la Villa de Miranda, apoyan y demuestran de un modo tan concluyente la reforma de nuestro sistema penitenciario, no debemos ya desmayar en nuestra empresa, ni desconfiar de

que se realice. La semilla es buena y está arrojada en buena tierra: solo falta que la fecunde el trabajo de los publicistas y el apoyo de la opinion pública. Esperamos que ni uno ni otro faltará.

FAUSTO.

## LA MACETA Y LA MARÍA.

¿Quién es la *Maceta*? Una vieja gitana.

¿Quién es la *María*? Una artesana joven.

Ambas son pobres mujeres; pero mujeres heróicas. ¿Qué han hecho para sacar así sus nombres á la publicidad? Oíganlo nuestros lectores.

\*  
\*  
\*

*Maceta* es el apodo con que en el barrio de Triana (Sevilla) se designa á una pobre viuda, casi anciana ya, cuyo verdadero nombre es Mercedes Vega. Tenia dos hijos, que sucesivamente cayeron quintos; fueron al servicio militar, y al servicio peligroso y sangriento de la campaña carlista del Norte, recientemente terminada.

La generalidad de las madres se limitan en tales casos á llorar, á desesperarse y á hacer todas las demostraciones del dolor más profundo, que profundo debe ser el que sienta una madre al ver partir para la guerra á los hijos de sus entrañas, que dieron á luz con dolor y criaron con placer y con ternura. Tristes ejemplos de esto hemos visto todos en esas despedidas desgarradoras que se verifican en las estaciones de los ferrocarriles, cuando las madres y los parientes acuden á dar el último adios á los pobres quintos á quienes arrebató la locomotora, mónstruo útil de la industria, para entregarlos á otro mónstruo voraz y sangriento que es la guerra.

Esto es lo vulgar, lo general, lo único que parece posible, dada la naturaleza débil de la mujer, nacida para amar y para llorar, más que para gozar y reir; pero tambien hay mujeres excepcionales, que sobresalen en esa generalidad como ejemplos honrosos y se inspiran en ciertos impulsos propios solo de las almas grandes.

La *Maceta* es una pobre mujer de ruda educacion, de miserable existencia y de escasísima cultura intelectual; una de las

muchas criaturas que pasan su existencia trabajosamente, entregadas á esa prosa de la miseria, que parece refractaria á los pensamientos elevados. Dios, sin embargo, coloca á veces semillas preciosas bajo toscas cortezas, y almas nobles bajo la más humilde apariencia. Esto sucede con la *Maceta*.

Al saber la suerte fatal que ha cabido á sus hijos, prefiere, antes que separarse de ellos, correr á su lado toda clase de peligros y de trabajos, hasta los más impropios de la debilidad de su sexo. Abandona, pues, su casa, y marcha con sus hijos.

¿Dónde? No lo sabe. ¿Cómo, con qué recursos, con qué esperanza, con qué autorizacion? No se dá cuenta de ello. Los grandes y generosos impulsos suelen ser ajenos al cálculo reflexivo. Ver á sus hijos, no separarse de ellos, ni en vida ni en muerte, ni en la paz ni en la guerra: hé aquí la idea fija en la mente sencilla de la pobre madre, que plantea sin discutir y realiza sin vacilar.

Marcha, en efecto, con los quintos, que son destinados al regimiento provincial núm. 15, el cual está en el ejército de operaciones de Navarra, y con ellos llega á los campamentos. En las rudas fatigas, en las marchas penosas, siempre á pié, sufriendo frío, calor, hambre, sed, desabrigo, en el fuego del combate, á la vista de sus hijos; con su traje de mujer cuando puede, con un capote de soldado, cuando este disfraz es necesario para que se la permita seguir entre las filas, allí está siempre la madre, cual ángel guardian de la vida de sus hijos queridos. Si uno tiene sed, le trae agua; si desfallece, le anima; si hace centinela, á su lado está la madre, valerosa é incansable, vigilando para que no se duerma, para reemplazarle y tomar su fusil si el sueño le rinde, y para avisarle si percibe peligro ó aproximacion de enemigos.

Y... ¡cosa rara! A pesar de lo extraordinario de esta situacion, y del carácter festivo y chancero del soldado español, aquella pobre madre, vigilando á dos soldados fornidos cual se vigila á un niño, no es objeto de burlas ni de desprecios: aquella familia es respetada, considerada y querida por jefes y soldados. ¡Algunos quizá la envidian, y lamentan la ausencia de sus madres!

Dios salva á los dos hermanos y los preserva de las balas carlistas. Concluye la campaña, y el regimiento vuelve á Sevilla. La *Maceta* marcha siempre junto á sus filas; allí vá cuando el regimiento atraviesa victorioso las calles de la ciudad, en medio de vivas, de aplausos, de coronas y de flores; y

cuando el respetable alcalde Sr. Ibarra pronuncia desde los balcones de la Casa Consistorial aquel entusiasta y conmovedor discurso, delante del regimiento detenido en la plaza, y abrazando á su bizarro jefe, que está á su lado en el balcon; allí, confundida con los soldados, está tambien la pobre *Maceta*, débil mujer á quien corresponde no pequeña parte de los fervorosos plácemes que el presidente del Ayuntamiento de Sevilla dirige á sus valerosos hijos.

Los de la *Maceta* han sido licenciados y vuelven á ser obreros: la madre vuelve tambien á su casa á continuar su vida sencilla de vendedora por las calles, y de cualquier otro trabajo honrado con que ganar la subsistencia.

Su accion, sin embargo, no queda oscurecida: todo el vecindario la llena de aplausos y de simpatías, y hasta damas de la más elevada aristocracia, inspiradas por elevados sentimientos, no se desdennan de ir á su pobre casa del barrio de Triana para socorrerla, protegerla y admirarla.

La historia nos ha legado, al través de los siglos, el recuerdo de una ilustre dama romana que enviaba sus hijos á defender la patria y los veia morir impasible, inspirada por el austero patriotismo de aquella nacion tan severa; y, sin embargo, esa misma historia quizá dejará en olvido á esta otra pobre madre que, al dar sus hijos á la patria, se ha dado á sí misma para no separarse de ellos.

—¿Quién es María?

—¡Oh! Este es otro género. Flor delicada, que se agosta y lastima al menor contacto, hay que respetarla y hasta encubrirla con el velo espeso del incógnito, principiando por designarla con un nombre distinto del suyo. No queremos darla el pesar profundo que sentiria, si supiese que se lanzaba á los vientos de la publicidad su vida austera y santa, consagrada exclusivamente á Dios y á la caridad.

Jóven, pobre, débil de cuerpo, y pareciendo, aunque sin serlo, de espíritu tímido, hija de artesanos honrados; María era desde niña una criatura que parecia nacida para ser en la tierra una especie de ángel cariñoso de los pobres, y no de los más simpáticos, sino de los viejos y de los que ostentan las miserias más repulsivas. Entró en la Congregacion de las *Hermanas de la Caridad*, pero le fué imposible seguir la vida de peregrinacion á que están sujetas. Habia, sin embargo, saboreado las

delicias puras del ejercicio activo del amor á los pobres: para continuarlo, se asoció con otras piadosas jóvenes, y, bajo la direccion de un respetable eclesiástico, han formado un instituto modesto, que tiene por objeto ejercer la beneficencia domiciliaria, viviendo reunidas con grande austeridad, y pidiendo limosna para darla á su vez, acompañada de los consuelos que siempre proporciona la voz de la mujer caritativa y piadosa, cuando entra en la casa del pobre infeliz y quizás desesperado.

María, la más joven, quizá la más débil, entre sus compañeras, fué elegida superiora de la naciente Asociacion benéfica: y siendo casi una niña, ejerce sus funciones con la madurez de una vieja y con el fervor de una santa.

Cuéntanse de ella rasgos sublimes. Hé aquí uno:

El cólera-morbo se cebaba en la ciudad, haciendo muchas víctimas entre las clases pobres. Sabido es que la situacion más peligrosa para contraer esta enfermedad, con carácter grave, es la del puerperio de la mujer. Habia una pobre en este caso: atacada del cólera, degeneró en tífus; tífus mortífero que acababa con su vida á toda prisa, por haberse inficionado la leche de su seno. Era preciso para salvarla extraer de sus pechos aquel depósito envenenado: de lo contrario, la muerte seria inevitable y rápida: aplicarla un niño, era matarlo: se trató de ponerla un perrillo, y el instinto del animal le hizo resistir tenazmente. María lo sabe, y exigiendo el secreto por única recompensa, y escondiéndose, cual si fuera á cometer un crimen, aplica sus labios puros á aquel pecho infecto, lo desahoga, salva á la enferma y se salva ella misma por una proteccion divina, bien admirable. Las dos viven hoy: la primera bendiciendo á su salvadora; ésta escondiéndose de que su generosa accion sea conocida, pues le basta que la sepa Dios.

*¡Maceta! ¡María!* Tipos distintos, pero ambos sublimes: Dios os bendiga. No hay que calumniar á la sociedad presente ni desesperar de ella y de su porvenir, mientras se repitan ejemplos de abnegacion tan sublime.

FAUSTO.

## UN VERDADERO AMIGO DE LOS POBRES.

(Continuacion.)

Hacia poco tiempo que Vicente vivia con el conde, cuando un dia le vió entrar en la iglesia de Joiqui; la entitud de Manuel de Gondy era grave y melancólica, Vicente adivinó que iba á rogar á Dios que le auxiliara en un peligro que corria ó estaba próximo á correr. Aun hizo más, adivinó el motivo de la piedad del conde, y cogiéndole por el brazo en el momento que iba á salir del templo, le dijo animado con ese ascendiente que tienen siempre los hombres de bien sobre los que saben apreciar el mérito.

—Permitid, señor, permitid que os diga unas palabras humildemente: sé por muy buen conducto que vuestro designio es ir á batiros en un duelo, pero yo os declaro de parte de mi Salvador, á quien acabais de adorar, que si no renunciáis á tan mal propósito ejercerá su justicia sobre vos y sobre vuestra posteridad.

El conde, que segun la costumbre de aquel siglo caballeresco, no habia entrado en la iglesia sino para encomendarse á Dios en el momento de ir á emprender un desafio, quedó tan penetrado de la energía de aquellas palabras, que renunció á su culpable proyecto.

Cuatro años despues, en 1617, Vicente, habiendo ido á pasar la primavera con sus jóvenes alumnos y la condesa de Joiqui á *Falleville*, en Normandía, se sintió acometido de una especie de remordimiento.

Era tan feliz, su vida se deslizaba tan cómoda y perezosamente al través del lujo y abundancia que reina en torno de los grandes de la tierra, que Vicente se preguntó á sí mismo:

—¿Qué hago yo aquí? ¿He venido al mundo para gozar? ¿En dónde se hallan los desgraciados que mi voz puede consolar? ¿Cuáles son los infortunios que puedo aquí dulcificar?..... Rodeado de personas felices, que pueden muy bien pasarse sin mí, enseñó á unos niños las ciencias que cualquier otro pudiera enseñarles lo mismo que yo; les enseñó á participar la virtud, es verdad, pero sus padres que son virtuosos tambien, y á quien Dios ha puesta á su lado, podrán con el ejemplo y la palabra enseñársela mejor que yo, pobre vicario y hombre oscu-

ro. No, no, esta no es la mision que me he impuesto; Jesucristo no vivió con los ricos, sino con los pobres; Jesucristo no participaba de la mesa de los grandes, sino que hacía participar de la suya á los necesitados..... Huyamos, pues, buyamos..... y busquemos á los menesterosos, á los extraviados, socorriendo á los unos, atrayendo á los otros al buen camino. Apóstol de Jesucristo, debo imitarle; no es bajo el techo de los que rien en donde se deben hallar los siervos de Dios, sino bajo el techo de los que lloran..... Oh, Señor, perdóname y diríjeme, haz que vengan á mí los afligidos, y préstame la voz que sabe calmar los sufrimientos del alma..... Dame, Señor, para que á mi vez pueda yo tambien dar á mis hermanos.

Estas palabras fueron seguidas por las obras; aquella misma noche Vicente hizo un lio con las cosas más indispensables, recogió su escaso peculio, su breviario, y saliendo por una puerta escusada del parque, cuya llave tenia, no tardó en hallarse á campo raso.

## VII.

### EL CURA DE ALDEA.

Algun tiempo despues, la condesa de Joiqui, que todavía no se habia consolado de la desaparicion del santo hombre en que tenia su entera confianza, viajaba en compañía de sus hijos, cuando al llegar á un pueblecillo de Bresse, se rompió un eje del carruaje. Sus criados, despues de haber tomado algunos informes, vinieron á decirla que no se hallaba un carretero que compusiera la rotura del carruaje.

—¿Qué pueblo es este?—preguntó la señora mirando por el ventanillo de la portezuela.

—*Chatillon sur Dombes*,—respondió el más inmediato al coche de la condesa, entre los curiosos aldeanos que le rodeaban.

—¿Y no hay en él carretero que pueda componer el eje que se ha roto?

—No, señora,—respondieron seis ó siete voces á un tiempo.

—¿Y qué hacemos en este apuro?—preguntó de nuevo la condesa.

—Dirigíos al señor cura,—dijo una voz que salia del grupo de los aldeanos.

—¡Al señor cura!.....—repitió la condesa entre risueña y ad-

mirada, y fijando sus miradas en el más anciano del grupo; que era el que habia tomado la palabra, le preguntó en tono de duda: ¿El señor cura sabe componer carruajes?.....

—El señor cura sabe hacer todo cuanto quiere,—respondió el anciano inclinándose para saludar á la noble dama...—De estas tierras incultas ha sabido hacer huertas, prados y vergeles; de estos habitantes, perezosos, haraganes, y por consiguiente viciosos, porque la ociosidad es madre de todos los vicios, ha hecho unos honrados y buenos trabajadores; de un monton de paganos que éramos, que ni adorábamos á Dios ni al diablo, ha formado un rebaño de fieles cristianos, y no es esto todo; ha instituido aquí, en este lugar tan pequeño, una cosa tan bella que deberian imitarla en todas las poblaciones del mundo, una cosa que se llama *la Cofradía de la Caridad*. El que tiene socorre al que no tiene, el sano asiste al enfermo, la mujer que no tiene hijos hace la envoltura para la que se halla en cinta. Despues, á nuestros hijos, que sea dicho con respeto, señora, no eran más que unos vagabundos, nuestro cura, nuestro buen cura, les enseña el catecismo, y como él dice muy bien, ese librito encierra el secreto de todas las virtudes; él mismo les toma la leccion y se la explica.... ¡Vamos, es un ángel que nos ha venido del cielo! ¡Es el padre de todos!

—¿Y ese santo varon se llama Vicente de Paul?—preguntó la condesa que habia escuchado la narracion con los ojos arrasados en lágrimas.

—¿Quién os ha dicho su nombre?...—exclamó el anciano en tono sorprendido.

—Lo he adivinado,—contestó enjugando algunas lágrimas que corrian por sus mejillas;—no hay en el mundo dos hombres iguales á él, amigos míos.

En esto vieron acercarse á un hombre, al parecer asustado segun la prisa y la inquietud que demostraba; todos le abrieron paso respetuosamente, diciendo á una voz: «El señor cura.»

(Se continua á.)